I D E N T I D A D E S

Núm. 11, Año 6
Diciembre 2016
pp.
ISSN 2250-5369

Reseña de *La cámara y la pluma en el valle y la meseta. Memorias y fotografías de Henry Bowman*, de Liliana E. Pérez y Pablo Lopresti (estudio, selección y notas), Secretaría de Cultura de la Provincia del Chubut, Rawson, 2015, 186 pp.

No siempre los documentos permiten poner en duda las categorías con las que se ha construido un campo historiográfico. Pero cuando lo hacen, su publicación es siempre bienvenida. Por ello resulta grato el que estos dos textos de Henry Bowman hayan sido rescatados, traducidos y editados por Liliana Pérez y Pablo Lopresti, quienes además prologaron el volumen que los reúne.

Escritos por quien es más conocido por sus fotografías (tomadas en el valle del Chubut a fines del siglo XIX y principios del XX), estos textos constituyen evidencia suficiente de una trayectoria que se resiste tenazmente a las etiquetas o que, en todo caso, no las admite por períodos demasiado prolongados dentro de esa trayectoria. Henry Bowman es, en efecto, un personaje tan multifacético como cambiante. Y es en relación con el campo específico de la historiografía de la denominada "Colonia Galesa" que puede resultar un personaje relativamente incómodo. La vinculación con dicha historiografía puede justificarse desde distintos ángulos. Primeramente, porque el interés por su labor –especialmente la fotográfica- ha aparecido mayormente en los trabajos de quienes se han ocupado de historiar o documentar la presencia galesa en la Patagonia. En segundo lugar, la vinculación es lícita porque el volumen que reúne los diarios de Bowman integra la denominada "Biblioteca del Sesquicentenario Tegai Roberts", una ambiciosa colección de más de una docena de libros que formó parte de la conmemoración de los 150 años de la llegada de los primeros galeses a la Patagonia.

Bowman era inglés, seguramente no hablaba galés, y si bien el puritanismo había sido parte del pasado de su familia, tampoco pertenecía a ninguna de las denominaciones religiosas que agrupaban a la gran mayoría de los colonos. A pesar de ello, una estadía de alrededor de dos décadas en el valle del Chubut –donde se casó con una galesa y tuvo con ella cuatro hijos- y una serie de labores de gran visibilidad que lo vincularon con los galeses, resultaron determinantes para que Bowman apareciera siempre dentro de cierta territorialidad de lo galés. Por eso son pertinentes una serie de recaudos en los que los prologuistas se detienen. Es que, para cierto lector desprevenido, voces como la que articulan los diarios de Bowman pueden acoplarse fácilmente al coro de aquellas que han ensalzado y legitimado la figura del pionero, especialmente cuando se trata de la Patagonia. En este sentido, resulta atinado que Pérez y Lopresti prevengan al lector respecto de una trillada narrativa colonizadora en la que el inmigrante europeo aparece como agente civilizatorio, al servicio del desplazamiento de una frontera entendida como línea divisoria. Se plantea así un necesario distanciamiento respecto de esa noción de frontera, y se propone otra en la que el espesor contradice claramente a la línea, un

espesor en el que se producen múltiples contactos e intercambios entre los diferentes actores que formaron parte de la brutal transformación que experimentó la Patagonia entre los siglos XIX y XX. En lo que, por elevación, no puede ser otra cosa que una saludable crítica a buena parte de la historiografía de la Colonia Galesa, la figura de Bowman es resituada en un mundo más amplio y complejo.

Es necesario admitir, de todos modos, que el contenido de los diarios transcritos permite al lector advertir bastante rápidamente que al autor le caben con cierta dificultad los sayos de "pionero" o "colono". No es que Bowman, como británico, se prive de sentirse superior a quienes lo rodean: "indios", "latinos" o "chilenos" aparecen retratados tan negativa como sarcásticamente. Pero sucede que él mismo es víctima de ese sarcasmo, lo que termina pintándolo como una especie de anti-héroe y distanciándolo bastante de la típica implacabilidad del pionero. Pero además, el propio itinerario de Bowman permite pensarlo más como un desterrado que como un representante de un orden socio-económico que busca implantarse, calificativo que les cabe fácilmente a los autores de muchas de las crónicas escritas en galés unos años antes.

Con la ayuda de algunos datos provistos en el prólogo, la lectura de estos textos permite reconstruir a un Bowman en lenta pero sostenida mutación: del joven aprendiz de constructor del sur de Inglaterra, al obrero ferroviario en Corrientes, al fotógrafo de la sociabilidad galesa en el valle del Chubut, al marmolero de Gaiman, al Juez de Paz en la soledad de la meseta patagónica, al esforzado agricultor en el valle de Telsen. Es probable que la muerte de su esposa en 1909 haya marcado un punto de inflexión en ese itinerario. Si bien no es un tema específico en el que el autor se detenga, resulta evidente que su viudez lo aleja definitivamente del valle del Chubut donde hasta entonces venía desempeñándose con relativo éxito como fotógrafo, constructor y marmolero. De algún modo, resulta comprensible ese distanciamiento del mundo galés al que pertenecía su esposa. Son menos fáciles de explicar las razones que lo llevan a una serie de parajes del árido norte chubutense como Gan Gan o Gastre. El punto de llegada de ese éxodo es Telsen: desde este remoto valle, Bowman escribe los dos diarios aquí publicados.

El sinuoso itinerario se enlaza con un asombroso número de oficios en los que Bowman incursionó con cierta dedicación y aparente solvencia. Para quienes están familiarizados con su trayectoria anterior, puede sorprender el Bowman agricultor que estos diarios revelan. De hecho, la escritura del primero de ellos puede verse, incluso, como el modo de registrar la evolución de los cultivos: alfalfa, papas, membrillos, álamos son algunas de las especies que Bowman y sus cuatro hijos se empeñaron en hacer prosperar, a pesar de la escasa lluvia, el viento constante y el ataque de los insectos. Justificamos más arriba lo dificultoso que resulta aplicar a Bowman la etiqueta de colono, y es evidente que en el valle del Chubut, sus oficios lo diferenciaron claramente de los chacareros galeses. Sin embargo, en Telsen, donde vivió la última mitad de su vida, encontramos al autor concentrado en actividades que pueden considerarse como el núcleo duro de la colonización: la batalla por domesticar el territorio a partir de la agricultura. Así, en este obsesivo seguimiento de la evolución de los cultivos y del progreso en general, el primero de los textos de

Bowman tiene mucho en común con varias de las crónicas que los galeses escribieron acerca de su experiencia en el valle de Chubut.

Del universo de oficios que Bowman supo transitar, la publicación que aquí se reseña, pone de relieve dos: obviamente la escritura, pero también la fotografía: la cámara y la pluma, como bien lo anuncia el título.

Comencemos por el oficio por el que el autor es mayormente reconocido: el de fotógrafo. Puede adivinarse que es justamente desde ese reconocimiento, que los editores de este volumen han propuesto sumar a los textos una selección de más de noventa de sus fotografías. Se trata de una inteligente estrategia editorial que, apoyándose en este aspecto más conocido de Bowman, invita a adentrarse en un terreno "literario" con el que hasta ahora no se lo asociaba.

La valiosa selección de fotos, que incluye algunas que no habían sido publicadas anteriormente, puede pensarse como un verdadero para-texto, cuya lectura se despliega en forma independiente a la de los dos textos escritos. Sin embargo, la relación de dichos textos con las imágenes fotográficas es un tema en el que bien vale la pena detenerse.

Lo primero que llama la atención del lector es que tan sólo cuatro de casi una centena de fotografías fueron tomadas en el valle de Telsen, desde donde Bowman escribía. En las páginas de sus diarios hay repetidos indicios de que siguió practicando la fotografía durante esos años y de que, incluso, inició la construcción de un laboratorio de revelado, lo que también constituye un indicio de cierta continuidad de su actividad como constructor. Si bien puede adivinarse que la mayoría de las fotografías correspondientes a su vida telsense no han sobrevivido, hubiera correspondido incluir en el prólogo alguna explicación al respecto. En realidad, y dado el espacio que se ha dado a la fotografía dentro del volumen, resulta llamativa la escasa información que han brindado los editores acerca de la trayectoria de Bowman como fotógrafo, en especial si consideramos que uno de los editores es uno de los máximos especialistas en la historia de la fotografía en la Patagonia. En este sentido, el prólogo pudo haber estado más a la altura de la osada apuesta editorial de combinar fotografías y textos escritos.

Estos últimos, constituyen, sin lugar a dudas, la médula del volumen, y permiten repensar a Bowman desde un posible nuevo oficio. Es cierto que, tratándose de un diario personal, la escritura no necesita alcanzar siquiera la estatura de un oficio. Pero como bien advierten Pérez y Lopresti, el valor de estos textos supera con creces el de un mero diario. Importa reparar, en este sentido, en ciertas diferencias significativas entre los dos textos publicados. La principal concierne al género ya que sólo el primero se acomoda a la definición de diario. En efecto, su linealidad cronológica y el seguimiento que hace Bowman de su progreso personal, permiten ubicar fácilmente a este texto en el género "diario". Cada anotación se inicia, por ejemplo, destacando hora, temperatura y demás condiciones climáticas, lo que por lo general conduce a reparar en las consecuencias sobre los cultivos. Aún dentro de este limitado esquema, debe admitirse que contiene coloridos relatos de la vida cotidiana en el valle de Telsen e interesantes referencias a la heterogénea población que lo habitaba.

En cambio, el segundo texto demanda ser abordado desde una perspectiva diferente. Escrito casi treinta años después que el primero y estructurado a partir de una secuencia de "diálogos" en los que el autor se presenta relatando su propia historia a una serie de personajes que lo visitan, este texto se ubica decididamente lejos del diario. En términos de género, incluso la etiqueta de "memoria" no le hace completa justicia, ya que algunos de esos diálogos son propios de la pluma de un novelista. Si ello suena exagerado, lo que resulta evidente es que pueden detectarse en este segundo texto claras aspiraciones literarias. De algún modo, se adivinan ya desde el título -"Diálogos del Viejo Enrique"- donde Bowman anuncia la estrategia de hablar de sí mismo en tercera persona. Naturalmente, estas aspiraciones invitan a preguntarse acerca de las lecturas que pueden haber inspirado a Bowman a aventurarse en la escritura de estos relatos. Su avidez por la literatura se hace explícita ya en el primer texto, casi siempre en relación con autores de habla inglesa, pero pocos son los indicios acerca de sus lecturas en lengua castellana. A esta altura, es necesario recordar que el primer texto fue escrito originalmente el inglés. En cuanto al segundo texto, puede decirse que, a pesar de ciertos anglicismos estrafalarios, el mismo revela que, a sus 89 años, Bowman dominaba el castellano con soltura. Debe recordarse en este sentido que ya en su primer texto en inglés incluía algunos términos de evidente utilidad en el medio que habitaba: "sestear", "cuerpear", "chulenguear".

Pero más allá de estas aspiraciones literarias, el interés de este segundo texto y de su necesaria comparación con el primero, estriba en la posibilidad de seguir a lo largo de varias décadas un itinerario que no es geográfico sino que se despliega en el terreno de las ideas, las adhesiones y las afiliaciones. Ese itinerario comienza a jalonarse en su diario de los años '20 con una serie de comentarios no exentos de prejuicios sobre los "nativos" y los "latinos" con los que le toca interactuar en Telsen. En estas visiones del "otro" –y de sí mismo- Bowman queda emparentado con muchos de los autores de las crónicas galesas y aún con buena parte de la literatura de viajes. En lo que se revela como un claro sentimiento de superioridad británico, esta mirada entre crítica y mordaz se despliega también sobre la situación socio-política argentina.

Pero no es este el tono y el punto de vista que Bowman usa en el segundo texto. Aparece allí un interés nuevo sobre la realidad política del país receptor y conforme avanzan las páginas es posible enterarse de la afiliación de Bowman a la Unión Cívica Radical y luego de su reafiliación al Partido Justicialista, la que se concreta en 1948. A lo largo de los "diálogos" con quienes lo visitan en su casa de Telsen, el relato de su larga historia personal se entrelaza con discusiones acerca de la coyuntura política de aquel 1954, en las que Bowman no duda en presentarse así mismo como un defensor de Perón y de sus políticas. Así, si el primer texto parece confirmarlas, el segundo exige poner en cuestión las asociaciones que convencionalmente convocan ciertas etiquetas aplicables a Henry Bowman: británico, pionero, inmigrante, colono. En general, puede decirse que muy pocas de esas etiquetas se conjugan con el adjetivo "peronista", y, ciertamente, la historia de las adhesiones políticas de los colonos galeses y sus descendientes puede usarse como un trasfondo significativo en ese sentido.

Es indudable que en Bowman estas cambiantes coordenadas ideológicas debieron vincularse con un consumo cultural que desconocemos pero que seguramente incluía revistas y periódicos de circulación nacional (en sus registros de los años '20 se menciona, por ejemplo, a la revista Caras y Caretas). También en el complejo mundo de las interacciones sociales, que tan a menudo aparecen en sus textos, podrían buscarse pistas de los cuestionamientos y desacuerdos que seguramente condujeron a Bowman a afiliarse al Peronismo.

De todos modos, la de Bowman es, ciertamente, una trayectoria fascinante que enhebra oficios, sentidos de pertenencia, estados civiles, afiliaciones políticas y que invita a poner en suspenso algunos lugares comunes desde los que se ha pensado la inmigración en general y la británica en particular –y no es necesario agregar que lo dicho incluye a la provincia historiográfica de la "Colonia Galesa". Por la posibilidad de revelar esa trayectoria y de relativizar esos lugares comunes, la publicación de "La cámara y la pluma en el valle y la meseta" es un hecho para celebrar.

Fernando Williams
HITEPAC-FAU-UNLP /UA-UNSAM